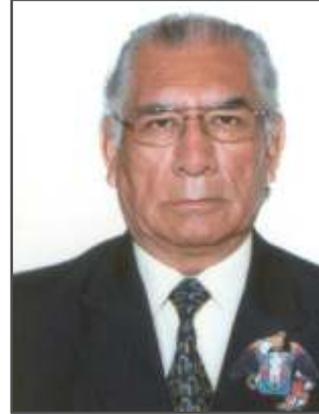


# EL SENTIDO DE LA FE EN EL CURANDERISMO

*Dr. José F. Elias Minaya*  
*Facultad de Ciencias Sociales - UNT*



Reflexionar acerca de la fe podría resultar tautológico porque todas las personas en todos los tiempos hablan y experimentan sentimientos intensos de desasosiego y esperanza. De allí la expresión común “la fe mueve montañas”, en alusión que en función de la fe, la esperanza adquiere consistencia. La fe pues implícitamente infunde fuerzas que no sabemos de donde provienen. Es un recurso inconsciente, es una potencia que impulsa acciones, es a la vez un misterio. Este tema, aparentemente sencillo, es pues realmente muy complejo.

La naturaleza humana, a diferencia de otros seres, tiene privilegios que le permite transgredir el orden natural. Gracias a su capacidad creadora y transformadora, la humanidad se ha posicionado como amo y señor en los diferentes estadios de su evolución e historia. Sin embargo, estos triunfos pueden resultar negativos y atentatorios contra sí mismo y contra el orden natural, si no desarrolla preventivamente acciones de resarcimiento. La capacidad creadora del hombre, como podemos ver, puede ser destructiva.

Utilizando el pasaje bíblico de la creación podemos decir que el hombre, una vez ubicado en el paraíso terrenal con las facultades que le infundió su creador, de pronto resultó, por su desobediencia, maldecido y limitado en las capacidades otorgadas, y sentenciado a sobrevivir en base a su propio esfuerzo. Sin embargo, este castigo puede entenderse en sentido positivo porque impulsó al hombre a valerse por sí mismo, sobrevivir desde su fragilidad.

Este mito evidencia dos espacios en su transitar histórico: el espacio conocido, logrado en base a sus

habilidades naturales de búsqueda, y el espacio de lo desconocido, misterioso, insondables dominios de la divinidad. Este espacio se constituyó en su “leit motiv” (motivo de su existencia), que en la medida que fue descubriéndolo fue construyendo su propio mundo, mundo profano arrebatado del mundo sagrado. De esta forma el hombre transformador resultó, en consecuencia, su propio creador. Esto ocurrió en todos los pueblos del planeta llegando a construir diversas civilizaciones.

La concepción de estos dos espacios ha sido la pauta de los pueblos y civilizaciones del antiguo mundo y de los actuales pueblos que son muestras de continuidad de cuatro mil años de vida civilizada. Cosmovisión, concepción del mundo donde el espacio conocido y desconocido son uno solo, donde la noción de lo próximo y lo lejano es muy relativo, de tal forma que lo desconocido no solo está muy lejos, sino en las cosas tan cercanas y cotidianas a cada persona. De allí que la confianza en uno mismo llega a un límite, más allá es fuente de temor y de inquietud, particularmente, para quienes tienen una vocación de búsqueda, de conocimiento, bien por el camino de la ciencia o el camino de la religión.

Ante lo desconocido, la fe, además de ser una fuerza inconsciente, es una creencia o convicción de acceder a poderes o capacidades sobrenaturales o propiamente humanas. Cuando se refiere a lo sobrenatural está asociado a la religión, generando sentimientos de fe ante una deidad en quien se cree puede otorgarnos “gracia” y favores. En esta interrelación median vínculos de reciprocidad ritual,

donde la plegaria y la ofrenda llaman, y hasta cierto punto obligan para que la deidad nos corresponda con sus dones.

De otra parte, la fe, fuera del espacio religioso, está presente en el desarrollo y actuar cotidiano de todos los seres humanos y se orienta al descubrimiento de sus propias capacidades, con lo que fue ampliando sus dominios. Este es el espacio de la ciencia o del conocimiento racional. En ambos casos a fuerza de fe y autoconfianza; de allí que es frecuente escuchar: “tengo fe en ti”; o “tengo fe y confianza en que puedo lograrlo”. La fe en consecuencia se orienta a logros que devienen de las creencias religiosas o de la inquietud de conocimiento científico. Estas dos formas de fe han existido siempre, con énfasis de lo religioso en las antiguas civilizaciones, y con énfasis de la ciencia o fe en ella, en la civilización moderna de occidente, Estas cualidades son las que nos hacen diferentes.

Como podemos ver, el temor y la fe coexisten simultáneamente como las dos caras de una medalla. Son fuerzas potentes, pero opuestas. Por el temor, la duda o la incertidumbre, como versiones negativas, tratan de evitar lo malo que pueda suceder; y la fe como versión positiva, es la convicción de que lo que va a ocurrir es bueno. El temor se asocia a lo que queremos evitar, y la fe a lo que deseamos que ocurra.

Entonces, ¿dónde radica este poder de fe? ¿Está en el subconsciente? ¿Es un don divino? ¿O está en la fuerza mental, en la capacidad neuronal que también llamamos “espíritu”? Para unos deviene de la creencia de fe en Dios, pero para otros, está en la capacidad mental de cada persona. Estas dos dimensiones han marcado el rumbo de la humanidad.

Si partimos de las capacidades privilegiadas del ser humano, considerando que se utiliza normalmente solo el 10% de dicha capacidad potencial, presuponemos que el cerebro del hombre es un arma muy potente, por lo que usando debidamente la fe se podría unir a miles de personas, o se puede desarrollar capacidades tipo kinesis. Para ello se requerirá profunda preparación, un alto grado de concentración, de estabilidad con uno mismo y de sentimientos buenos y creencia que todo es posible. Por ejemplo, quienes practican la “levitación” segu-

ramente son personas especiales que tienen mayor predisposición que otros para lograr efectos sorprendentes gracias a su alta concentración de fe.

La práctica médica, que es tema vinculado a la salud-enfermedad, no es ajena a la cosmovisión de los actores: médicos y pacientes; como tampoco a la cuestión de la fe. El conocimiento estrictamente racional positivista ha dividido, o mejor diremos que ha segmentado la noción del cosmos y los microcosmos como un todo integral que está implícito en el universo y en cada uno de sus elementos; es decir, la actitud positivista valora únicamente lo conocido o por conocer científicamente. Para la ciencia moderna y la práctica médica “científica”, la cosmovisión del ser humano se ha reducido a su estructura fisiológica, excluyendo lo no fisiológico; es decir, el mundo de creencias, como si estos espectros fueran ajenas a la naturaleza humana. Esto significa la separación del cuerpo y la mente. En cambio, en las civilizaciones antiguas predomina la cosmovisión holística.

La ciencia moderna, que no tiene más de 300 años, prescinde de la vieja cosmovisión del hombre como parte del mundo, hecho que se ha generalizado en la cultura de occidente. Pero para el hombre de las antiguas altas culturas, como es el caso del Perú prehispánico, cuyas manifestaciones aún subsisten, los elementos de la naturaleza constituyen una totalidad integrada con múltiples correspondencias. Todos los elementos tienen vida y son igualmente sexuados. La noción de macho y hembra alcanza no solo a las plantas y animales, sino a todas las cosas naturales, de tal forma que incluso los elementos de origen mineral como el agua de los ríos, lagunas y mares son machos o hembras; las piedras, los cerros y las montañas tienen vida e igualmente son machos o hembras. En tales condiciones presumen que hay alguna vinculación con los hombres, por lo que mínimamente se deben respeto y reciprocidades. Esto que habitualmente se escucha, cuán difícil es comprenderlo. Desde la perspectiva positiva ciertamente no puede ser que un cerro tenga vida y sea macho o hembra. Estas nociones corresponden al ámbito simbólico, que es el dominio de la cultura en general y, como tal, tiene sentido e influencia en la vida cotidiana. Por ejem-

plo, en la perspectiva positivista la práctica de la cirugía se puede realizar y de hecho se realiza en cualquier momento, pero generalmente los médicos ni los pacientes se percatan por qué ciertas intervenciones se complican habiéndose aplicado las técnicas correctamente. Al respecto, un entendido del cosmos nos dirá que en ello tiene que ver el movimiento de la luna. O más simplemente, en el caso del líquido elemento, el agua o H<sub>2</sub>O tiene estas denominaciones técnicas que igualmente son símbolos. Para la ciencia moderna o la cultura de occidente el agua es generadora de vida. Pero para la cultura andina, es más que eso: es un ser viviente macho o hembra que acumula y transforma las energías originadas en la Tierra y en el Sol, de allí que podemos comprender los diversos rituales al agua.

De otro lado, cuando observamos los rituales de pago a la tierra “pagapu” (pago a la madre tierra) que efectúan las personas comunes y corrientes de origen campesino en cada actividad que realizan, seguramente no alcanzamos a comprender el sentido, significado y trascendencia de estos actos. Lo admitimos como cosa folklórica y en el peor de los casos como actos sinsentido. En otros casos lo reproducimos mecánicamente remedando viejas prácticas pero sin entender nada. Esto ocurre porque estamos actuando inmersos dentro de la cosmovisión científicista, objetivista y positivista cuyos límites solo alcanza lo tangible, lo entendible racionalmente. Esta posición etnocéntrica es la gran barrera que incluso alcanza a algunos científicos sociales.

Los practicantes de la medicina convencional, consecuentemente, siempre han mirado con cierto desprecio, el conocimiento y las prácticas curativas de los médicos tradicionales a quienes se les negó la denominación de médicos, llamándolos despectivamente “curanderos” o “curiosos”. Sin embargo, cuántos de los médicos científicos, ante la incapacidad y límites de su ciencia, para curarse de sus dolencias, han acudido a estos “curiosos”. Hay muchos testimonios de estos hechos. Por eso es necesario estudiar con mayor profundidad e interdisciplinariamente los legados de este patrimonio cultural inmaterial, empezando por reconocer y reivindicar a sus cultores.

Ciertamente, para los practicantes de la medicina moderna es muy difícil comprender estos valores. Por ejemplo, cómo comprender la noción de la “pérdida del alma o de la sombra”, del “susto”, o el “chucaque”, complejos simbólicos componentes de sistemas culturales diferentes. Esto, porque se tiene una noción parcial del concepto de cultura, como si los productos de la ciencia positiva y el sistema de creencias fueran excluyentes entre sí de la dimensión cultural.

Cómo entender, entonces, que existan enfermedades fisiológicas y enfermedades no fisiológicas, estas últimas llamadas también “enfermedades culturales”. No se trata de oponer estas dos dimensiones de la salud-enfermedad y de los procedimientos médicos correspondientes. Nadie puede negar los resultados de la medicina moderna que en poco tiempo ha revolucionado las condiciones de vida de la humanidad; pero, a su vez, también, no se puede negar las consecuencias de riesgo de este avance tecnológico que, como hemos dicho anteriormente, de alguna forma transgrede el ordenamiento natural, si no se rezarse las secuelas que atentan contra el equilibrio cósmico y biológico.

No se trata de restar méritos al avance científico y tecnológico que, sin embargo, puede deparar efectos negativos si no se repara la sobreexplotación de los recursos o el uso desmedido e incontrolado por ejemplo de los “transgénicos”, que recientemente está dando mucho que hablar y mucho que temer. Es el caso también que, la prolongación del promedio de años de vida humana, siendo encomiable, trae consigo la sobrepoblación del planeta, consecuentemente la acumulación de la riqueza, el incremento de la pobreza y otras secuelas de orden médico social, como la aparición de nuevas enfermedades psicosociales para la gente vieja y sus parientes jóvenes.

El problema de las enfermedades llamadas “culturales”, siendo marginales para la medicina científica, ha devenido en su estancamiento en el proceso de desarrollo de su tratamiento. Los “curiosos”, o mejor dicho los médicos tradicionales, como depositarios de la antigua ciencia médica han desarrollado una cultura de práctica aprendida empíricamente, con alguna rigurosidad y sistematización producida por la autodisciplina que de generación en gene-

ración se ha ido diluyendo y a veces tergiversando; sin embargo, aun así, su eficacia se ha mantenido vigente. La formación de los médicos convencionales y los médicos tradicionales difieren diametralmente; pero, paradójicamente, los primeros deberán revalorar y rescatar ese patrimonio cultural que está en riesgo de ser alterado.

### **Ahora veamos cuándo recurrimos a la fe y cuál es su espacio de intervención.**

Si queremos que algo nos salga bien o que no ocurra algo malo, nos llenamos de propósitos firmes, de fuerza de voluntad, de decisiones debidamente seleccionadas. La fuerza de la fe, en este caso, se sustenta en nuestras capacidades. El médico científico confiará en sus conocimientos académico científicos, en su destreza técnica y en los equipos técnicos de última generación, así como en los fármacos e indicaciones que imparte; igualmente, el paciente confiará en los avances de la ciencia y la tecnología y particularmente en las capacidades de su médico. Sin embargo, en el límite de dicha confianza, tanto el médico como el paciente llegarán a un espacio ambiguo, numinoso, que es el terreno de la esperanza y de otra clase de fe. La creencia que una fuerza sobrehumana acudirá en ayuda.

El médico tradicional actúa de modo similar, pero modestamente dirá que solo actúa como instrumento o intermediario para restituir el orden de equilibrio fisiológico y mental de la persona manipulando los elementos, esto es, los remedios; y acudiendo a componentes no fisiológicos: la creencia y la fe; y pedirá que el paciente se entregue en confianza a dicho acto. En consecuencia, el acto médico o acción terapéutica además de ser una interacción social mecánica de elementos físico, químicos, psicológicos y mentales, es básicamente un acto ritual que busca el restablecimiento de la salud o equilibrio psicobiológico y mental del paciente.

Por ejemplo, el “yerbatero” dirá que los remedios no solo son las hierbas, sino el espíritu de las yerbas. Que las yerbas no son autónomas, sino que dependen de otras potencias: los cerros, los ríos o las lagunas de donde provienen, por lo que también convocará a los espíritus de estos elementos, llamados “encantos”. Además pedirá al paciente que tome los remedios con devoción.

El chamán o curandero acondicionará un escenario: la “mesa del curandero” cuyos artefactos u objetos diversos (“artes” y “encantos”) concentran fuerzas positivas y negativas que sabrá manipularlas y controlarlas en el proceso del ritual curanderil. Viabilizará este proceso con el uso de psicotrópicos como el cactus llamado San Pedro, el tabaco o la ayahuasca que le permitirá desprender su propia sombra de su cuerpo y emprender el “vuelo chamánico” en búsqueda del alma o sombra de sus pacientes, transformándose en un héroe capaz de restablecer el orden fisiológico y mental de los pacientes. Entonando un cántico peculiar y al compás del sonajero, en este trayecto convocará a espíritus auxiliares, cual “encantos”, acudirá en su defensa y ayuda y con su vara de “Chonta” o espada acometerá contra las fuerzas del mal. Precisamente pedirá a sus pacientes que tengan concentración, que salten, que bailen, que se sacudan, induciéndolos indirectamente a que demuestren fe en el ritual.

La eficacia del acto terapéutico curanderil subyace entonces en la noción y fuerza de la fe que movilizan el microcosmos holístico del médico y del paciente haciendo que los remedios surtan efectos plenos.

Cuánta enseñanza tenemos que descubrir, estudiar, comprender, rescatar y revalorar. Lo que conocemos es tan poco, por lo que, como dijera el poeta universal Cesar Vallejo, hay mucho que hacer.

Trujillo, octubre 2011.